

Población y desarrollo en México. una síntesis de la experiencia reciente*

Francisco Alba y Joseph E. Potter**

Se trata de una evaluación de la experiencia mexicana en materia de población y desarrollo. Se examinan los alcances del periodo de rápido crecimiento económico (1940-1970) en el acomodo otorgado a una población también en rápido crecimiento. Se estima que a fines del periodo se produce un agotamiento de los patrones de acomodo demográfico tanto en el medio rural como en el urbano. Se hace un diagnóstico de por qué la fecundidad permaneció elevada en este periodo. En el contexto de una nueva política demográfica, se discuten algunos de los factores que se asocian con el descenso de la fecundidad a partir de 1970. Se exploran las implicaciones de las emergentes tendencias en la demografía y la economía del país.

Introducción

Los rasgos esenciales de la reciente historia económica y demográfica de México son bien conocidos. En lo económico, en los principios de la década de los ochenta, parece que México llega al final de un periodo de cuarenta años de estabilidad política y de avance económico, caracterizado este último por un sostenido crecimiento del ingreso per cápita, una rápida urbanización e impresionantes mejoras en los indicadores de salud y educación.¹ El país se encuentra ahora en momentos de ajuste y cambio, en medio de problemas de liquidez financiera, de alta inflación y vaivenes de confianza tradicional. En lo demográfico, hace tan sólo 15 años, en 1970, la población ascendía a 50.7 millones de habitantes —dos y media veces el número de 1940, que era 20.2 millones— y estaba creciendo a razón de 3.5% anual, como resultado de un alto y sostenido índice de natalidad y de una fuerte disminución de la mortalidad. Sin embargo, desde el inicio

* Versión traducida, con modificaciones, de "Population and Development in Mexico: A Summary of Recent Experience," Discussion Paper 85-1, marzo de 1985, Center of Population Studies, Harvard University.

** Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México y Centro de Estudios de Población de la Universidad de Harvard, respectivamente. La General Service Foundation y el Population Council aportaron el apoyo financiero, e Hilda Nava de Coletta y Linda Benett, el secretarial. Por ambos apoyos los autores expresan su agradecimiento.

¹ La documentación e interpretación del desarrollo político y económico del México moderno puede consultarse en trabajos como los siguientes: Hansen (1971); Reynolds (1973); Solís (1970); la recopilación editada por Reyna y Weinert (1977); y Levy y Székely (1985). Un relato periodístico al día es el de Riding (1985).

de los setenta, la natalidad ha caído bruscamente, en coincidencia con una nueva política de población y con la puesta en práctica de un programa nacional de planificación familiar. En la actualidad, el índice de crecimiento de los 78 millones que forman la población del país en 1985 se estima en alrededor de 2.2%.

Hasta fines de la década de los sesenta, México era considerado como un país cuyo alto índice de aumento de población no parecía obstaculizar el desarrollo y cuya elevada fecundidad parecía resistir inusitadamente los aumentos de los indicadores de bienestar socioeconómico. Desde entonces, esas apreciaciones se han alterado drásticamente. No hay ahora ninguna duda de que va a ser extremadamente difícil proporcionar empleo productivo a las grandes cohortes de personas nacidas en los años sesenta y setenta, y la idea de que la fecundidad en México era impermeable a los cambios sociales y económicos es ya una reliquia de antiguas discusiones. Sin embargo, las controversias continúan, por un lado, sobre la manera en que el patrón de desarrollo, en pie durante casi 30 años, dio acomodo y sostén al rápido crecimiento de la población, y, por otro, sobre los factores que ocasionaron el descenso de la natalidad ocurrido al inicio de los setenta.²

La política oficial encuadrada en la Ley General de Población, decretada en 1974, es, por supuesto, de capital importancia para la discusión sobre la interrelación de población y desarrollo en la última década. Desarrollada en los años que precedieron a la Conferencia Internacional de Población, que tuvo lugar en Bucarest, en 1974, la política mexicana de población tiene un gran parecido en contenido y filosofía con el Plan de Acción Mundial de Población. Es más, en los años que siguieron inmediatamente a dicha Conferencia se citaba a menudo a México en los foros internacionales, como un ejemplo para otros países interesados en adoptar un planteamiento amplio e integrado sobre población y desarrollo. Dentro de México, el discurso sobre el impacto de las acciones del gobierno en este campo se ha enmarcado en las prescripciones normativas contenidas en la ley de población. En las condiciones de la actual crisis económica, y de las políticas de austeridad de ella derivadas, es un hecho que gran parte de la población no está mejor ahora que hace varios años, lo que pone en duda la explicación que atribuye dicha caída a una demanda espontánea de servicios de planificación familiar y de mejores condiciones socioeconómicas. En otras palabras, las determinantes de este espectacular cambio demográfico pueden no concordar por completo con los supuestos de la formulación inicial de la política demográfica.

La experiencia de México en las últimas cuatro décadas da lugar a un fascinante y polémico estudio de las relaciones entre población y

² Para un análisis de la evolución de la población de México hasta el inicio de los setenta, ver Alba (1984).

desarrollo. En el siguiente intento de evaluar esa experiencia, vamos a examinar primero los alcances del patrón de desarrollo que rigió entre 1940 y 1970 y a considerar de qué modo dio acomodo al rápido crecimiento de población de ese periodo. Observaremos después el agotamiento de ese patrón de acomodamiento que se hizo evidente por la repetida frustración de los objetivos del desarrollo mexicano en periodos más recientes y examinaremos las respuestas dadas a esas dificultades, entre ellas el cambio en la política de población anunciado en 1973. Luego trataremos la puesta en marcha de esa política y las determinantes de la declinación de la fecundidad durante los gobiernos de Luis Echeverría (1970-1976) y de José López Portillo (1976-1982). Cerramos nuestro trabajo con una breve revisión de las consecuencias que pueden tener para el futuro de México las actuales tendencias demográficas, si se toma en cuenta la experiencia de los últimos 40 años.

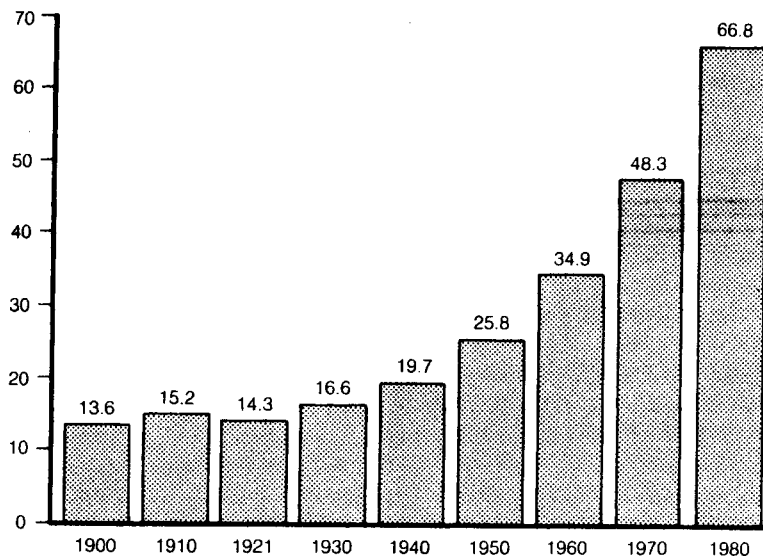
En todo este estudio el análisis es especulativo. Esperamos que el planteamiento usado para revisar este caso específico sea útil en otros intentos de observar las relaciones entre población y desarrollo, y que nuestro diagnóstico sirva para ampliar la discusión de los problemas demográficos de México.

El periodo de crecimiento económico sostenido: 1940-1970

Política, económica y demográficamente, el periodo de 30 años que va de 1940 a 1970 fue distinto del periodo posrevolucionario que le precedió. Los años de maniobras políticas, a menudo violentas, que siguieron a la conclusión de la revolución de 1910-1917, dieron lugar a procesos institucionales. Al término del gobierno del general Lázaro Cárdenas (1934-1940) habían quedado ya sólidamente arraigados los ideales y las instituciones del México moderno —el PRI, la economía mixta, la reforma agraria, el sindicalismo urbano y un fuerte sentido de nacionalismo. Salvo ligeras modificaciones, el consenso social y la coalición política que se consolidaron después de 1940 en torno a la industrialización del país han sobrevivido hasta nuestros días. El sistema que entonces surgió se ha caracterizado por una administración fuertemente centralizada y, de hecho, por un partido político dominante.

La firme expansión de la economía mexicana de los 30 años que siguieron a 1940 contrasta con las vicisitudes sufridas en los primeros años de la posrevolución. El producto nacional bruto (PNB) se expandió a una tasa que excedía de 6% anual durante la mayor parte del periodo, impulsado por altos índices de inversión, tanto pública como privada. La tasa de crecimiento más alta, cercana a 8% anual, fue obtenida por el sector fabril, que a fines del periodo producía una amplia variedad de artículos de consumo y bienes de producción. La agricultura también desempeñó un papel

GRÁFICA 1

Recuentos censales de población total

importante en el crecimiento: aumentó la producción en 7.4% anual desde mediados de los cuarenta hasta mediados de los cincuenta, y en 4.3% anual en la siguiente década, hasta mediados de los sesenta.³ Este sector se convirtió en fuente de alimentos, materias primas, ahorro y divisas para la creciente economía urbana e industrial. Se alcanzaron ampliamente los objetivos de la estabilidad interna y externa de precios, sobre todo desde 1955, cuando los precios mexicanos crecieron menos de 3% anual y el tipo de cambio se fijó en 12.50 pesos mexicanos por un dólar americano. Además, el déficit público y la deuda externa se mantuvieron en niveles fácilmente manejables.

El acontecimiento demográfico sobresaliente del periodo de 1940-1970 comienza con el salto ocurrido entre los años treinta y cuarenta, cuando se aceleró el ritmo de crecimiento de la población en México. La ruptura con la tendencia anterior es sorprendente, como se puede observar en la gráfica 1, construida con datos de los diversos censos de población levan-

³ Para el sector primario, que comprende agricultura, ganadería, silvicultura y pesca, las cifras correspondientes son 5.8 y 4% anuales. Gómez Oliver (1978, en especial el cuadro 1, p. 715).

tados entre 1900 y 1980. En los 30 años posteriores a 1940 la población de México aumentó 157%, mientras que el aumento de los 30 años anteriores había sido sólo de 30%. El incremento neto anual de la población, que era de 300 000 habitantes en 1930, ascendió a casi 2 millones hacia 1970. La aceleración se produjo por un rápido descenso de la mortalidad, y, en menor grado, por un ligero pero apreciable aumento de la natalidad. En el cuadro 1 se muestran varias estadísticas vitales referidas a intervalos de 10 años.

CUADRO 1
Mortalidad y fecundidad en México, 1940 y 1970

	1940	1970
<i>Mortalidad</i>		
Esperanza de vida al nacer	40	59
Tasa de mortalidad infantil	180	75
Tasa bruta de mortalidad	23	11
<i>Fecundidad</i>		
Tasa global de fecundidad	5.8	6.7
Tasa bruta de natalidad	42	46

Fuente: Estimaciones de los autores. Para las tasas de fecundidad por edades específicas, sin ajustar, de 1940, consultar Centro de Estudios Económicos y Demográficos (1970, p. 54).

Un notable logro de la sociedad y la economía mexicanas fue su capacidad para dar acomodo, sin esfuerzo visible, a ese inesperado y considerable aumento de población: 30 millones en 30 años. Entre las diversas políticas seguidas durante este periodo, algunas aparecen, en retrospectiva, como particularmente relacionadas con el patrón de acomodamiento que se llevó a cabo. Entre ellas está la política de la reforma agraria.

La reforma agraria de México tiene su origen en la revolución de 1910, la cual fue, en parte, una lucha por la dotación de tierra para los que de ella vivían. La reforma agraria se incorporó a la Constitución de 1917 y se reglamentó en una serie de leyes promulgadas entre los años de 1920 y 1930. Esas leyes fijaron los límites del tamaño de las haciendas privadas, hicieron obligatoria la expropiación de la tierra que excedía ciertos límites y fijaron la base legal para la propiedad comunal de los predios.⁴ Hacia 1940 se había destruido el viejo sistema de haciendas y se habían redistribuido grandes fracciones de esas propiedades. La mayoría de la población, que antes había dependido del sistema hacendatario, se orga-

⁴ Para una revisión de los cambios en la legislación de la reforma agraria y un análisis de su puesta en vigor, ver Sanderson (1984).

nizó en ejidos, explotados en forma colectiva o como lotes familiares sueltos, que llegaron a ser elementos característicos del México agrario, en coexistencia con una diversidad de propiedades privadas que iban desde los más primitivos minifundios a los bien capitalizados ranchos que contrataban asalariados temporales.

Aunque las más importantes campañas de reparto de tierras y organización de ejidos de los años treinta fueron parte de un esfuerzo del gobierno de Cárdenas por promover un desarrollo rural de amplia base, la existencia del grueso de la población campesina, que hacia 1940 se había beneficiado de la reforma agraria, seguía dependiendo del trabajo en pequeñas parcelas cultivadas a la manera tradicional. La intención original de la reforma agraria había sido transformar las condiciones que afectaban a la mayoría de la población mexicana, pero su principal efecto fue liberar al campesinado rural, a los peones, y sostener una economía campesina, agrandando rápidamente el nuevo grupo de ejidatarios hasta que el sistema ejidal llegó a contar con la mitad de toda la tierra arable y la de regadío. En los años que siguieron a la consolidación del sistema, la reproducción y la expansión del campesinado fueron en gran medida las responsables del crecimiento de la población rural. Este desenlace puede verse como causa y como efecto de la perpetuación de la política de la reforma agraria.

El aumento de la población rural renovaba incesantemente la necesidad de obtener más tierras, mientras que la reforma agraria —al llegar a ser instrumento útil tanto para la expansión como para la distribución de la tierra cultivada— significaba la respuesta política e institucional a las demandas de esta creciente población campesina. La importancia de la reforma agraria en el proceso de dar acomodo al aumento de población se nota en el incremento de la cantidad de tierras ejidales bajo cultivo. Esa cantidad se expandió de 3.5 millones de has en 1940, a 12.8 millones en 1970.⁵ Parte de este aumento se logró extendiendo hasta su límite la tierra cultivada en las áreas que se habían repartido al comienzo del periodo, pero es indudable que otra gran parte del mismo corresponde a tierras de nueva obtención y de distribución posterior a 1940.

Otra política importante en el patrón de acomodamiento de la población es la "política agrícola". El esfuerzo por modernizar la agricultura y asegurar la suficiencia nacional en la producción de alimentos, iniciado poco después de 1940, tuvo una influencia decisiva sobre el patrón de acomodamiento logrado en el México rural. En efecto, como complemento de la política de la reforma agraria, la política agrícola afectó a un grupo de población básicamente distinto y se realizó mediante otros instrumentos. Esta política agrícola se aplicó mediante un sólido apoyo del gobierno que adquirió diferentes formas: subsidios masivos para la agricultura comer-

⁵ Hewitt de Alcántara (1978, cuadro 1, p. 22).

cial, principalmente en forma de inversión pública, obras de irrigación, gastos para la construcción de carreteras y caminos vecinales.⁶

Como la política agraria, la agrícola estuvo también asociada con la expansión de la frontera agrícola, puesto que gran parte de la tierra incluida en los distritos oficiales de riego se abrió al cultivo por primera vez. Estos distritos de riego aumentaron desde poco menos de medio millón de hectáreas en 1941, hasta 2.1 millones en 1964. En el mismo periodo, el total de tierras de regadío creció de 1 a 4 millones de hectáreas.⁷ Hubo lugar así no solamente para un moderado número de agricultores capaces de aprovechar la oportunidad de comprar tierras de regadío, sino también para un considerable número de jornaleros que fueron ocupados por los agricultores en forma temporal o permanente.

La combinación de estas políticas, agrícola y agraria, condujo a una dualidad de estilos en el desarrollo rural. Es verdad que hubo cierta mezcla entre la economía campesina, reforzada por la reforma agraria, y la agricultura empresarial, beneficiada por la política agrícola, pero estos dos tipos de agricultura tendieron a localizarse en diferentes lugares del país, a especializarse en la producción de diferentes cosechas y a usar tecnología distinta. Los proyectos de irrigación se concentraron en cinco estados del norte (Sinaloa, Sonora, Tamaulipas, Baja California y Chihuahua),⁸ mientras que la economía campesina se localizó en los estados del centro y del sur; las cosechas básicas de la economía campesina fueron el maíz y el frijol, mientras que los principales cultivos con fines comerciales fueron el trigo y el sorgo; los agricultores empresariales hicieron amplio uso de fertilizantes y de equipo mecánico, mientras que los campesinos raras veces pudieron emplear esos insumos.⁹ De la misma manera, en comparación con los agricultores empresariales, los campesinos dependían, en gran medida, de la mano de obra familiar gratuita y consumían la mayor parte de su propia producción.

La tercera de las principales directrices políticas que influyeron en el patrón de acomodamiento de población fue el apoyo del gobierno al sector industrial. Este apoyo adoptó diversas formas. Las más obvias fueron las generosas cantidades en inversión pública destinadas a transportes, comunicaciones, energía eléctrica, petróleo, hierro y acero. Cerca de 30% de toda la inversión pública, que en ese periodo fue en promedio 6% del

⁶ Sobre la diferencia entre política agrícola y política agraria en México y la relación entre ambas, ver Warman (1978).

⁷ Hewitt de Alcántara (1978, cuadro 2, p. 28).

⁸ Estos cinco estados contaron con 53% de la inversión total agrícola en el periodo 1940-1970. Hewitt de Alcántara (1978, cuadro 3, p. 29).

⁹ Que la inmensa mayoría de los beneficios de la "revolución verde" fueron para los agricultores empresariales que cultivaban tierras de regadío ha sido demostrado convincentemente por Hewitt de Alcántara (1978), y Wellhausen (1976).

PNB, se dirigió al sector industrial.¹⁰ Además del impacto directo de su propio gasto sobre el desarrollo industrial, el gobierno mexicano planeó una serie de políticas para promover la iniciativa del sector privado. Se estimuló la sustitución de importaciones mediante la protección arancelaria y, con el transcurso del tiempo, mediante un complicado sistema de licencias de importación. Las devaluaciones monetarias de 1949 y 1954 sentaron las bases para que el peso mexicano no se sobrevaluara en la segunda mitad de ese periodo. Las políticas comerciales, que aseguraban a los industriales un mercado interno protegido, se completaron con exención de impuestos, subsidios al crédito y a los servicios públicos y, lo que es también muy importante, con condicionamientos sobre el sector obrero que permitieron restringir los aumentos salariales.¹¹

Según los estándares de entonces, la respuesta a esta política de aliento empresarial fue en extremo positiva. Al inicio de los cuarenta la formación del capital bruto fijo era de 8.2% del PNB, y el sector privado aportaba menos de la mitad de esa inversión; hacia fines de los cincuenta, la tasa anual de formación de capital había ascendido a 17.2% del PNB, y la aportación del sector privado era superior a los dos tercios de la inversión total.¹² La producción industrial aumentó de 24% del PNB en 1940, hasta casi 35% al final del periodo.¹³ A lo largo de esta etapa de 30 años la producción fabril se incrementó a un ritmo cercano a 8% anual. El éxito de la estrategia de sustitución de importaciones se reflejó en un descenso de la proporción de bienes de consumo importados y en la diversificación de productos manufacturados.

El rápido crecimiento del sector industrial creó una amplia gama de oportunidades de empleo en áreas urbanas, lo que permitió el acomodo de una proporción cada vez mayor de la población en las ciudades. El número de personas que vivían en áreas urbanas aumentó, entre 1940 y 1970, de 4 a 22 millones.¹⁴ Esta población tuvo oportunidades de empleo de muy diversa naturaleza como revelan las cifras relativas al cambio en la composición del empleo por sectores. Esta evolución se observa en el cuadro 2, que muestra también el rápido crecimiento del número absoluto de personas ocupadas.

En el lapso de 1940 a 1970, el acomodo de que disfrutaban las diversas categorías de residentes urbanos estuvo determinado por el juego de fuerzas económicas en el mercado y por una amplia gama de medidas de política social del gobierno. La expansión de la clase media y de las filas superiores

¹⁰ Hansen (1971).

¹¹ Los aumentos salariales de 1940 a 1960 estuvieron por debajo de las alzas de precios; esto se explica con frecuencia por el control político ejercido sobre las organizaciones obreras y sus líderes, ver Hansen (1971).

¹² Levy y Székely (1985, cuadro 4, p. 154).

¹³ Nacional Financiera (1978).

¹⁴ Unikel, Ruiz Chiapetto y Garza Villarreal (1976).

CUADRO 2
Población económicamente activa por sector, 1950-1970

Sector	1950		1970	
	Miles	Porcentaje	Miles	Porcentaje
Agrícola	4 864.9	58.3	5 292.7	40.9
No agrícola	3 480.3	41.7	7 662.4	59.1
Minero, de energía y de manufactura	1 237.5	14.8	2 829.1	21.8
Construcción	263.8	3.2	609.8	4.7
Comercio y finanzas	732.6	8.8	1 397.0	10.8
Otros servicios	1 246.4	14.9	2 826.5	21.8
Total	8 345.2	100.0	12 955.1	100.0

Fuente: Óscar Altimir, "La medición de la población económicamente activa en México, 1950-1970", *Demografía y Economía* 8, núm. 1 (1974).

del proletariado industrial reflejan a los grupos "integrados" a la corriente principal del desarrollo y al sector "formal" de la economía. Sin embargo, por debajo de estos grupos se expandía una gran masa de población urbana cuyo ingreso dependía de un empleo temporal y cuya ocupación era poco calificada, que engrosaba la fila de los servicios personales o se entretenía por cuenta propia.

Los ideales de la revolución mexicana sostenían, sin embargo, que el Estado debía desempeñar un papel importante en el mejoramiento del bienestar social de la clase trabajadora, y sustentaron un conjunto notablemente completo de leyes laborales y el establecimiento de muchas instituciones gubernamentales para garantizar la salud, la educación, la vivienda y la seguridad social de los obreros mexicanos. Pero los servicios y la protección ofrecidos a los trabajadores y a sus familias dependían también de las palancas de poder político a su disposición. Los más beneficiados por esas leyes e instituciones resultaron ser los obreros calificados o semicalificados pertenecientes a sindicatos e insertos en el sector formal, ya fuese en grandes empresas privadas, en industrias paraestatales o en el mismo gobierno. Bastante menos se ofrecía a los obreros no organizados que participaban en el sector informal, cuya existencia en la economía urbana mantenía a raya los costos de múltiples servicios y limitaba el encarecimiento de los costos laborales. En contraste con la observancia bastante estricta de la legislación laboral en las grandes fábricas y en las empresas comerciales, el pago del salario mínimo y el otorgamiento de los beneficios marcados en las laborales no era uniforme en otras organizaciones.¹⁵ Así, una amplia variedad de tiendas, talleres de reparaciones

¹⁵ Eckstein (1982).

e industrias domésticas, pudieron competir con empresas capitalistas de gran escala y dar ocupación a mano de obra barata (trabajadores familiares sin paga, parientes y migrantes recientes) expandiendo y contrayendo el empleo de acuerdo con la fluctuación estacional de la demanda.

Sin embargo, la población marginal urbana no estaba del todo excluida del contrato social implícito en los ideales revolucionarios del sistema político.¹⁶ Había por lo menos tres aspectos en los que esta población obtenía sustanciales beneficios. En primer lugar, el Estado les facilitaba servicios, aunque fueran mínimos, de educación, salubridad, transporte y recreación. En segundo lugar, el gobierno regulaba algunos precios y las oportunidades de obtener vivienda. Ante la demanda cada vez mayor de vivienda barata, la respuesta fue fijar a veces rentas controladas para las del centro de la ciudad, apoyar otras la autoconstrucción de viviendas y, tal vez lo más importante, legalizar asentamientos irregulares en terrenos baratos de las afueras de las grandes ciudades. En tercer lugar, el Estado otorgaba subsidios para regular el precio de alimentos básicos tales como la tortilla, el pan, el frijol y muchos otros productos.¹⁷ Aunque estos subsidios beneficiaban a todos los residentes urbanos, tenían mayor importancia, en términos proporcionales, si no es que absolutos, para los de más bajo nivel en la escala social.

En relación con el efecto que tuvo sobre el acomodo urbano, la política social dirigida hacia la población de la ciudad se parece mucho a la política de reforma agraria llevada a cabo en el México rural. En el periodo de 30 años que aquí se contempla, la reproducción y la expansión de la población marginada urbana representaron una fracción importante del crecimiento de la población urbana total y, tal como había ocurrido en el México rural, ese crecimiento puede interpretarse a la vez como producto y como causa de la perpetuación de la política mencionada. Si el desarrollo del México rural había sido dual y heterogéneo, también lo fue el de las áreas urbanas y, por supuesto, ambos fenómenos están íntimamente relacionados.

La ausencia de mecanismos preventivos: 1940-1970

Hemos insinuado que el crecimiento de la población entre 1940 y 1970 contribuyó a frustrar las metas de modernización y transformación de la sociedad mexicana. Sin embargo, la dimensión demográfica recibió poca atención en los debates sostenidos durante ese periodo sobre la estrategia

¹⁶ Sobre la influencia política de la población marginal urbana y los apoyos que el régimen deriva de esta población, ver Cornelius (1975).

¹⁷ La Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo) empresa estatal que compra cosechas a precio de garantía y vende al detalle productos de consumo, ha sido un instrumento importante de estas políticas. Véase Grindle (1977).

del desarrollo. Hasta los últimos años de la década de los sesenta, el rápido aumento de la población no fue considerado problema por la gran mayoría de los intelectuales y políticos mexicanos.¹⁸

Las razones de esa falta de sensibilidad de la sociedad mexicana a la dimensión demográfica parecen haber sido tres. En primer término, en la conciencia nacional había quedado firmemente arraigada una ideología pronatalista, fundada en una larga serie de experiencias históricas, que iban desde la necesidad sentida en el siglo XIX de poblar la parte norte del país frente al expansionismo norteamericano, hasta la grave sangría demográfica provocada por la revolución de 1910. Una segunda razón importante para entender la ausencia de reacción de la sociedad ante los cambios demográficos es que, simplemente, desde la perspectiva optimista reinante en ese periodo, parecía que la economía y la sociedad mexicanas estaban haciendo frente al fenómeno en forma adecuada. Por último, como ya hemos señalado, el descenso de la mortalidad y el consecuente ascenso de la tasa de crecimiento natural que se presentaron en los años cuarenta y cincuenta fueron tan inesperados que sólo se cuantificaron cuando ya estaban consumados. Sólo a mediados de los sesenta, por ejemplo, cuando se tuvieron los resultados definitivos del censo de 1960, se advirtió que la tasa de crecimiento de la población era superior a 3% anual y un nuevo juego de proyecciones de población permitió prever el efecto de las nuevas tendencias demográficas.¹⁹

Para muchos observadores de la realidad mexicana, el sistema demográfico-económico parecía funcionar sin tropiezos. Creían que el México rural era capaz de jugar el doble papel de absorber el aumento de la población y de producir alimentos y materias primas para el resto de la economía, y que la economía urbana en expansión podía absorber fácil y convenientemente la fuerza de trabajo que sobraba en el campo. Los programas de braceros, vigentes entre 1942 y 1964, ofrecían, además, la posibilidad de engancharse en el trabajo asalariado agrícola temporal al norte de la frontera, lo que aportaba también una fuente de divisas extranjeras. La superación de marcas en las esferas agrícolas e industriales, el extraordinario crecimiento de las ciudades en general y de la ciudad de México en particular, y la expansión de las clases medias, fueron parte de un "milagro mexicano" que ofrecía esperanzas y posibilidades mucho más brillantes que las del México prerrevolucionario. Aun las visibles deficiencias del proceso se veían como fenómenos pasajeros. Las predicciones de los científicos sociales de los últimos años de las décadas de los cuarenta y los cincuenta daban por sentado el carácter transitorio de la

¹⁸ Un examen de las posiciones predominantes durante ese periodo permite concluir que sólo con gran reticencia se admitía que la tasa de rápido crecimiento de la población podía obstaculizar el desarrollo económico. Ver Wionczek y Navarrete (1965).

¹⁹ Ver Benítez Z. y Cabrera A. (1966).

marginación y afirmaban que las poblaciones marginadas serían asimiladas por el proletariado industrial. Para el espíritu de auge y prosperidad que definía el *Weltanshauung* del periodo, el crecimiento de la población no parecía ser un motivo de preocupación.

Sin embargo, esa ausencia de reacción ante el rápido aumento de la población por parte de la sociedad mexicana es quizá menos sorprendente que la ausencia de alteraciones de la conducta reproductiva de las parejas mexicanas, a la vista de lo que para muchos era un rápido cambio en las circunstancias socioeconómicas. Como se indica en el cuadro 1, la natalidad aumentó durante el periodo de desarrollo económico sostenido. Esto parece ir en contra de la teoría de la transición demográfica, que predecía un cambio hacia el descenso de la natalidad en el curso de la modernización, camino en el cual México había logrado un notable avance hacia 1970, según los indicadores generalmente aceptados.²⁰ Entre los indicadores de la modernización, que registraron cambios impresionantes durante el periodo, figuran los del cuadro 3, referidos a la proporción de la población residente en áreas urbanas, el descenso relativo de la mano de obra empleada en la agricultura, el aumento en el índice de alfabetización y el aumento de la proporción de la población infantil en edad escolar que asistía a la escuela primaria. Unido a estos cambios está, desde luego, el crecimiento del ingreso per cápita, que fue de alrededor de 3% anual, en promedio, durante el periodo de 30 años al que nos referimos.

Examinando más a fondo esta "anomalía" se le puede encontrar una explicación. Desde nuestro punto de vista, si bien las peculiares iniciati-

CUADRO 3
Indicadores de desarrollo, 1940 y 1970

	1940	1970
Porcentaje de población rural ^a	72.4	47.5
Porcentaje de población urbana ^a	20.0	44.9
Proporción de la fuerza de trabajo empleada en agricultura ^b	65.4	39.4
Porcentaje de alfabetizados	43.2	76.2
Porcentaje de los niños de 6-14 años que asisten a la escuela	30-40	64.4

Fuente: *Censos generales de población, 1940-1970*.

^a La población rural habita en localidades de menos de 2 500 habitantes; la urbana, en mayores de 15 000. Unikel, Ruiz Chiapetto y Garza (1976).

^b Óscar Altimir, *op. cit.*

²⁰ Coale (1979, p. 218) ha señalado que "México es tal vez el ejemplo más conspicuo de un país en el cual la teoría de la transición demográfica parecería indicar que la fecundidad pudo haber mostrado una mayor reducción y ésta aún no ha ocurrido (al menos no antes de 1974 o 1975)".

vas políticas que definieron el estilo de desarrollo durante este periodo dieron origen a importantes transformaciones sociales y económicas, esas transformaciones no eliminaron los motivos que habían dado lugar a una alta fecundidad o, si se prefiere, recrearon las condiciones en las que una alta fecundidad no planteaba un serio problema a la mayoría de las familias. Para comprender este aserto, regresemos a la caracterización que hemos hecho de la evolución de la sociedad mexicana en esos años. Por un lado, el desarrollo dual de la agricultura había permitido ganancias espectaculares en varios renglones: en la cantidad de tierras cultivadas, en la productividad y en la producción; por otro, había propiciado también el acomodo de una gran parte de la creciente población rural en la agricultura de subsistencia de bajo nivel.²¹ Gran parte de la población agrícola se había establecido en pequeños lotes de temporal dentro de un ejido o en minifundios de propiedad privada. En ambos casos la familia había sido la unidad de producción y de consumo y las comunidades así formadas eran pequeñas, relativamente aisladas y, sobre todo, pobres. Desde este punto de vista se puede pensar que fue el éxito mismo de la estrategia mexicana de desarrollo el que mantuvo, sin pretenderlo, los incentivos pronatalistas.

La situación que describimos fue muy resistente a las influencias modernizantes del proyecto central de desarrollo económico. Sin embargo, el efecto demográfico del pronunciado descenso de la mortalidad sobre el tamaño de la familia planteó, desde luego, la pregunta de cómo podría la familia absorber el total de la fuerza de trabajo a su disposición. Durante el periodo que estudiamos se abrieron fuera de la economía campesina, numerosas oportunidades para que esas familias aprovecharan sus recursos sobrantes de mano de obra. El exitoso y rápido desarrollo de la agricultura comercial, sobre todo en el noroeste, creó necesidades de mano de obra agrícola asalariada. El crecimiento de la industria urbana generó oportunidades de empleo en la construcción y en los servicios para trabajadores eventuales de baja calificación. Y, como se dijo, existía además la opción de emigrar como asalariado agrícola al otro lado de la frontera, en el suroeste de Estados Unidos.

Lo importante es señalar que el aprovechamiento de esas oportunidades dio como resultado no tanto desplazamientos de familias enteras fuera de la agricultura campesina, sino un proceso en el que la familia rural extensa se convirtió en la base de la cual partieron individuos, miembros de familias numerosas, en busca de empleo temporal o permanente. Esto tenía sentido, visto estratégicamente, puesto que la migración era cara y

²¹ En 1970, de un total de 2.6 millones de unidades productivas agrícolas (productores con tierras de sembradío, pero que no incluían las tierras colectivas), 2.2 millones eran clasificados como campesinas, de las cuales 83% se encontraban dentro de la categoría de subsistencia o *infrsubsistencia*. Ver CEPAL (1982, cuadro 2, p. 114).

riesgosa para el individuo, pero el riesgo era más manejable dentro de la familia, como en una estrategia de diversificación de inversiones del manejo de la cartera familiar.²² Durante casi todo este periodo, el México rural no fue un ámbito donde la movilidad económica fuera necesariamente mejor lograda por las familias pequeñas.

La rápida industrialización, eficazmente promovida por el gobierno, y la expansión del sector público dieron empleos seguros, y relativamente bien pagados a quienes tenían especialización o educación. Pero no fue tan fácil, ni mucho menos, el acomodo de otra gran parte de la creciente población de las ciudades y los grandes poblados. No se puede definir de modo fácil la vida de la población urbana marginada, pero hay razones para suponer que los estímulos dominantes en dicha población podrían ser mucho menos contrarios a una elevada fecundidad de lo que cabría esperar a primera vista. Quizá la primera de esas razones sea la ininterrumpida importancia de la familia como unidad de producción y consumo. Por una parte, se observa entre las familias pobres de la ciudad un fenómeno semejante al de la migración: la familia fue la base desde la cual se conjugó la fortuna de varios ganadores de ingresos que trataban de encontrar empleo temporal o de bajo salario. Por otro lado, gran parte de la actividad económica mantenida dentro del sector no asalariado se componía de pequeños negocios, en su mayoría operados, si no es que poseídos, por una familia. Las familias eran, además capaces de crear una malla social para el intercambio de recursos, de información y de servicios.

Una segunda razón del mantenimiento de una fecundidad alta fue el costo menor de lo que se podría esperar, de la residencia urbana y de la crianza de niños en las ciudades. Esto fue propiciado por las políticas gubernamentales, que otorgaban subsidios a los alimentos básicos y al transporte, permitían el acceso a la tierra por medio de canales informales, y proporcionaban, aunque precariamente a veces algunos servicios básicos a bajo costo, como agua, drenaje, electricidad y acceso a la salud pública. En esa situación, los niños podían contribuir al trabajo y los infantes podían ser cuidados por los hermanos mayores si la madre encontraba trabajo fuera del hogar.²³ En la población urbana incorporada el costo de los hijos se mantuvo bajo, no tanto por los subsidios del gobierno y las redes de auxilio social, sino por la fácil disponibilidad de mano de obra barata para toda clase de servicios personales, incluido el doméstico. La posibilidad de contratar sirvientes de tiempo completo, o "de entrada y salida" ayudó a eliminar conflictos entre la educación de los hijos y el empleo de la madre

²² Ver Roberts (1982) para un convincente desarrollo de esta interpretación en el contexto de un intento por explicar la distribución del trabajo en grupos domésticos con tierra en cuatro zonas de México.

²³ Para un estudio detallado sobre la estructura social y económica de una comunidad en la ciudad de México, ver Lomnitz (1975).

fuera del hogar, aunque esta última opción —en las mujeres casadas— fuera severamente restringida en un buen número de casos por el esposo.²⁴

Por último, una característica de los inicios de la industrialización en México que tal vez alentó la preferencia por familias numerosas, por lo menos en la primera mitad del periodo, es el retardo en la adopción de sistemas impersonales para asignar puestos según los méritos o las calificaciones de los trabajadores. En un medio donde lo más valioso es la confianza personal entre el patrón y el empleado, los lazos de familia adquieren un lugar destacado en el mercado de trabajo y contribuyen a la consolidación y el crecimiento de las empresas.

Los cambios sociales y económicos ocurridos en México entre 1940 y 1970, que no lograron producir condiciones materiales que impidieran la prolongación de la alta fecundidad, tampoco lograron destruir, ni debilitar en gran medida, la base ideológica y cultural que favoreció la alta fecundidad de la sociedad. Legitimada por las enseñanzas de la iglesia y de las escuelas, la familia siguió siendo el núcleo social más importante y con ella prevalecieron las relaciones entre hombre y mujer que llevaban aparejadas una diferenciación en los papeles, los derechos y las prerrogativas concedidas a los dos sexos.²⁵ La distribución de dominación en la familia, el grado de intimidad y algunos aspectos de la sexualidad podrían explicar la lentitud con que las parejas reaccionaban a cualquier posible incentivo material para limitar la procreación. La limitación de actividades fuera del hogar que la presencia de los hijos podía significar para la madre resulta irrelevante frente a la restricción impuesta por el marido en ese mismo sentido. Aunque sería muy difícil describir las relaciones de la familia en el curso de las tres décadas que van desde 1940 hasta 1970, hay indicios de que al final del periodo todavía se manifestaba una actitud masculina negativa hacia el trabajo de la mujer fuera del hogar, y que el significado que los hombres atribuían a la fecundidad y el que las mujeres atribuían a su propio papel todavía estaban bien establecidos.²⁶

Sin embargo, esto no quiere decir que en las relaciones de la familia no ocurriera ninguno de los cambios vaticinados por los teóricos de la modernización. México, como casi todos los países en desarrollo, participó de la revolución del transporte, de las comunicaciones de masas y de la disponibilidad de bienes de consumo que, según estudiosos como Freedman y Caldwell, influyen, junto con la educación, en los cambios de las ideas y expectativas acerca de la vida familiar.²⁷ Es más, parecería que en México hubiera habido un notable aumento de la formación de la

²⁴ Ver Barbieri (en prensa).

²⁵ Ver Hunt (1971).

²⁶ Además de los estudios de Hunt (1971), Barbieri (en prensa) y Lomnitz (1975), ver Folch-Lyon, de la Macorra y Scheerer (1981).

²⁷ Freedman (1979) y Caldwell (1982).

familia nuclear y una redefinición de las obligaciones que los padres sentían hacia sus hijos. Pero el modelo occidental se importó parcial y no totalmente.²⁸

En los párrafos que anteceden hemos intentado explicar por qué el patrón de desarrollo seguido por México entre los años 1940 y 1970, que rindió tan impresionantes ganancias en los indicadores convencionales de crecimiento económico y modernización, no consiguió crear un ambiente que condujera a una baja fecundidad y a una familia de menor tamaño. Nuestra explicación se basó en el análisis de los aspectos que hacían pensar que el desarrollo iba a influir sobre la fecundidad. La impresión no es que México no experimentara una transformación importante sino más bien que la transformación de México no se había completado aún en 1970.²⁹

Discontinuidades y análisis después de 1970

Al terminar el periodo de desarrollo estabilizador, a fines de 1970, empezó a disminuir el optimismo sobre el futuro social y económico de México que durante los 30 años precedentes había prevalecido tanto dentro del país como en los círculos internacionales. Las primeras señales de que el estilo de desarrollo que el país había seguido estaba llegando a su límite aparecieron en tres frentes: las finanzas públicas, la producción agrícola y la balanza de pagos. Hasta mediados de la década de los sesenta, las marcas de México en esas áreas habían sido casi impecables. Sin embargo, en los últimos años de la década había ya indicios de desviaciones de los estándares acostumbrados. El déficit del sector público, expresado como porcentaje del PNB, aumentó desde 2.3% del periodo 1957-1966 hasta 3.9% entre 1967 y 1971, cuando el gobierno empezó a depender cada vez más del financiamiento externo para cubrir el déficit de sus ingresos.³⁰ El incremento anual del valor de la producción agrícola durante la segunda mitad de la década de los sesenta fue de sólo 1.9%, contra cerca de 7% en los 20 años anteriores.³¹ Grandes extensiones de tierra que antes habían producido maíz y frijol fueron dedicadas a la siembra de trigo y sorgo, cultivos en los que México disfrutaba de una ventaja comparativa en los precios internacionales. El resultado de estos cambios fue que a finales del periodo México era apenas autosuficiente en productos básicos. En 1970 la Conasupo importó productos agrícolas por 97 millones de dólares

²⁸ Freedman (1979) hace tal afirmación al discutir el continuo papel de la familia extendida en el Taiwán actual.

²⁹ Ryder (1984) ha tratado este tema.

³⁰ Estimaciones de Fitzgerald (1978, p. 279).

³¹ Gómez Oliver (1978, cuadro 8, p. 725).

para cubrir la demanda interna.³² Por último, el resultado combinado de la reducción del excedente agrícola y la cada vez mayor demanda de artículos y bienes importados determinó el deterioro de la balanza de pagos. En 1970 el déficit en la cuenta corriente había alcanzado 2.8% del PNB.

Unida a la preocupación "técnica" por los cambios en dichos índices, empezó a surgir la conciencia de que los resultados del largo periodo de desarrollo estabilizador y de crecimiento económico sostenido se habían quedado por debajo de lo esperado. Apareció la sospecha de que el sistema no había logrado transformar el proceso de crecimiento ni romper el ciclo de desigualdad económica y social, y de que las supuestamente transitorias condiciones de subsistencia de la agricultura y de la marginación urbana se habían vuelto permanentes. Las manifestaciones políticamente más notables de esa inconformidad naciente fueron las protestas estudiantiles de 1968.³³

Muchos de los análisis que tratan de demostrar que el modelo de desarrollo mexicano estaba llegando a su límite a fines de los años sesenta se han centrado en los problemas económicos planteados por el desarrollo de un capitalismo dependiente en las últimas etapas de sustitución de importaciones. Desde la perspectiva demográfica puede decirse casi lo mismo. Se puede afirmar que se habían agotado los múltiples mecanismos de absorción en los que México se había apoyado para lograr una solución de bajo costo al problema de acomodar a su creciente población. La dificultad de acomodo de la población rural, económicamente dependiente de la agricultura, fue que hubo cada vez menos disponibilidad de tierra que distribuir a los posibles solicitantes. La tasa anual de incremento de la tierra cultivada, que había llegado a un promedio de 4% durante el periodo de 30 años que concluyó en 1965, había facilitado la continuación de la política de la reforma agraria y los impresionantes aumentos de la producción agrícola. Sin embargo, después de 1965, esa tasa se desplomó casi hasta cero,³⁴ con el agravante de saber que cualquier absorción de población que en adelante se intentara mediante la distribución de tierras iba a ser a costa de la agricultura comercial. Esto ocurría justo en el momento en que la demanda nacional superaba a la producción de bienes agrícolas. El problema era obvio y no se vislumbraba una solución fácil.

También las políticas económicas y sociales de las que México había dependido para proporcionar un acomodo a la creciente población en las zonas urbanas se volvieron más problemáticas y costosas. La proporción de la población urbana que vivía en las colonias proletarias había aumentado notablemente, igual que las áreas que ocupaba. Se estima que

³² Secretaría de Programación y Presupuesto (1979, p. 62).

³³ El significado de estas protestas y su relación con los acontecimientos ocurridos en otras partes es tratado por Paz (1970, pp. 19-41).

³⁴ Gómez Oliver (1978, cuadro 8, p. 725).

en la ciudad de México alrededor del 50% de la población vivía en 1970 en esas colonias, mientras que en 1952 esa población ocupaba sólo el 14% de la ciudad. Durante el mismo periodo, la proporción del área urbana ocupada por colonias proletarias había aumentado de 21 a 40 por ciento.³⁵

Era cada vez más difícil seguir dando alojamiento barato a la población urbana marginada porque los precios de los terrenos aumentaban en espiral. Además, las cargas financieras de suministrar a esta población servicios esenciales como transporte, agua y electricidad, y de continuar proporcionándole alimentos subsidiados, creaban dificultades presupuestales cada vez mayores. Por último, a medida que pasaron los años, elementos importantes de la economía informal resintieron la expansión de formas avanzadas de comercio e industria capitalistas.³⁶

Los gobiernos de Luis Echeverría Álvarez y de José López Portillo (1970-1982) hicieron importantes intentos de romper con el antiguo estilo de desarrollo. El análisis de sus resultados demuestra, sin embargo, que ninguno de los dos logró establecer un nuevo consenso ni superar las deficiencias que habían heredado. El presidente Echeverría empezó proclamando su apoyo a un nuevo estilo de desarrollo, el "desarrollo compartido". Su estrategia procuró llegar directamente a los desposeídos y destinar una porción cada vez más importante de los fondos disponibles hacia la inversión en el sector público. Para lograrlo, sacrificó la prudencia financiera de los gobiernos anteriores, a tal punto que al final de su gestión el crecimiento de la economía tuvo una baja sin precedente, la deuda externa aumentó notablemente, la tasa de inflación llegó a 27% y el gobierno tuvo que hacer una importante devaluación del peso.

El gobierno de López Portillo se inició, siguiendo los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, con una política de ajustarse el cinturón, pero poco tiempo después, y a causa de los recientes descubrimientos de la gran capacidad de las reservas petroleras de México, se comprometió en un programa de desarrollo extremadamente ambicioso, con fuertes inversiones de capital. Con el apoyo de los ingresos, considerablemente aumentados, de las exportaciones petroleras, se pretendió que la economía mexicana saltara las vallas de las últimas etapas de la sustitución de importaciones. Los ingresos cada vez mayores de las exportaciones petroleras y la presencia de los banqueros internacionales, que rivalizaban entre sí para complementar esa fuente de divisas, hacía parecer injustificada

³⁵ La población que reside en las colonias proletarias es distinta de la población urbana marginada, fracción importante, aunque en disminución, de la población que vive en tugurios o ciudades perdidas. Las cifras relacionadas con la población y con el área de la tierra en las colonias proletarias en la ciudad de México se tomaron de Brown (1972, citado en Eckstein, 1982).

³⁶ Esto no niega que gran parte de la actividad del sector informal esté directamente vinculada con las políticas y las utilidades de las compañías modernas, como recientemente argumentaron Portes y Benton (1984).

cualquier reforma dolorosa; había recursos suficientes para hacer enormes inversiones públicas, para dar subsidios y para extender los servicios de salud y educación. Había un auge económico, pero no estaba sustentado en bases sólidas.

En retrospectiva, se puede decir que ambos regímenes resolvieron el acomodo demográfico de una manera ligeramente diferente a la de sus predecesores. El menor apoyo a la reforma agraria se compensó con políticas sociales más generosas y con el crecimiento del sector público. Ambos gobiernos se apoyaban en un crecimiento económico rápido para generar empleos y, como en el pasado, buscaron más la expansión que la transformación. La agricultura fue quizá la única excepción significativa de esta generalización. Se aceptó la idea de que la política dual de desarrollo estabilizador había dejado a una gran parte de la población rural empobrecida e improductiva y se trazaron varios ambiciosos esquemas para superar esa situación. Sin duda el más exitoso de esos programas fue el Sistema Alimentario Mexicano (SAM) iniciado en la segunda mitad de la gestión de López Portillo. Sin embargo, esa reanimación de la producción agrícola se obtuvo a un costo muy alto; todavía no está claro si los diversos subsidios y precios de garantía en los que se basaba el SAM hubieran sido posibles en un ambiente presupuestal más austero.³⁷

Si en 1940 no existía una razón aparente para que el Estado mexicano tuviera mayor interés en limitar la natalidad, a fines de los años setenta ya no se dudaba de que la había. Para entonces se habían entendido los aspectos cuantitativos de la población del país y la acelerada dinámica demográfica que habían engendrado las tendencias pasadas. Además, estaba ganando terreno la idea de que el crecimiento rápido de la población consumiría las ganancias del desarrollo.³⁸ También hubo un favorable cambio de opinión dentro de la comunidad médica sobre la planificación familiar. No se sabe exactamente cómo se llegó a ese cambio, pero parece que la investigación biomédica, la manifestación de una mayor demanda de servicios y la creciente presión en favor de programas de población en los foros internacionales fueron factores importantes.³⁹ Sin embargo, la idea de implantar una política nacional que limitara el crecimiento de la población se oponía directamente a la ideología expansionista que había dominado la discusión de los problemas demográficos durante más de un siglo. La política poblacional era todavía en 1970 un tema delicado y muy controvertido en México.

³⁷ En relación con los logros y el costo del SAM, consultar a Austin y Esteva (por aparecer).

³⁸ Urquidí (1967; 1970) proporcionó algunos de los argumentos más articulados. También tuvo influencia la publicación en 1970 de *Dinámica de la población de México* por el Centro de Estudios Económicos y Demográficos de El Colegio de México.

³⁹ Para una discusión de los procesos sociales vinculados con la adopción de la planificación familiar en México, ver Márquez (1984).

El primer indicio de cambio en la actitud oficial apareció en abril de 1972, en un discurso pronunciado por el presidente Echeverría durante una sesión de la UNCTAD, en Santiago de Chile, en el que hizo una alusión a los beneficios que podrían obtener los países de la región si reducían el crecimiento de su población. Después de una serie de consultas y discusiones, el presidente Echeverría envió, en septiembre de 1973, una propuesta legislativa para reformar las leyes del país referidas a la población. Entre sus recomendaciones había una enmienda constitucional que concedía a todas las personas el derecho de tomar decisiones libres, responsables y documentadas, sobre el número y el espaciamiento de los hijos. Se revisó la Ley General de Población para que permitiera establecer **programas de planificación familiar ejecutados por entidades públicas y crear un Consejo Nacional de Población (Conapo)**. Ese Consejo fue el encargado de asegurar la participación de una amplia red de agencias gubernamentales en los diferentes programas de población y de ayudar a que los programas de desarrollo del país estuvieran de acuerdo con las cambiantes circunstancias demográficas.

Implantación del programa gubernamental y descenso de la fecundidad

Cuando llegó el momento de implantar la nueva política se actuó con gran cautela. Sin embargo, desde principios de 1973, la Secretaría de Salubridad y Asistencia (SSA) y el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) ampliaron rápidamente los servicios de planificación familiar mediante sus respectivas redes de centros de salud y hospitales.⁴⁰ Para fines de 1976, estas dos instituciones tenían casi 1 900 centros de salud y se habían hecho campañas publicitarias para anunciar la disponibilidad de estos servicios. Al iniciarse el gobierno de López Portillo, además del Conapo, se estableció una Coordinación Nacional de Planificación Familiar (CNPF) para dirigir e integrar esfuerzos de las diversas instituciones del sector salud.⁴¹ Al cabo de sólo 10 meses de su mandato, en octubre de 1977, el nuevo gobierno anunció los lineamientos de una Política Demográfica Nacional y un Plan Nacional de Planificación Familiar. Esos documentos fijaban las tasas de crecimiento demográfico que el gobierno se había propuesto alcanzar: 2.5% en 1982 y 1% en el año 2000.

⁴⁰ La SSA y el IMSS son las dos instituciones más importantes del sector salud, que incluye también a diversas instituciones de seguridad social especializadas que prestan atención a empleados de empresas paraestatales, al propio gobierno y a grupos específicos de población.

⁴¹ El CNPF fue disuelto en los dos últimos años del gobierno de López Portillo, pero la energía que había desplegado inicialmente para expandir la prestación de servicios entre un gran número de instituciones se compensó con las mayores responsabilidades que asumió el IMSS en esta área.

Cuando se hizo evidente que la intención del gobierno era alcanzar realmente las metas propuestas, se proporcionaron recursos y motivación a los encargados de los servicios de planificación familiar dentro del sector salud. Se hizo un considerable esfuerzo para transformar los ideales de reproducción por medio de campañas publicitarias en los medios masivos de comunicación y cambios en el contenido de los materiales escolares, y se establecieron mecanismos para supervisar el progreso hacia las metas fijadas. A finales de su gestión, cuando el presidente López Portillo se dio cuenta de que el objetivo fijado para la tasa de crecimiento demográfico durante 1982 iba a ser alcanzado o superado, se enorgulleció de haber planeado y programado exitosamente el curso de los acontecimientos.⁴²

El cambio de la conducta de reproducción de la población fue sustancial y está bien documentado. En el cuadro 4 se muestran estimaciones de la tasa bruta de la natalidad y la tasa global de fecundidad en cuatro momentos diferentes. Esos datos indican que la tasa global de fecundidad bajó aproximadamente 39% entre 1970 y 1981, y muestran también que la baja fue más pronunciada entre 1976 y 1981. Las estimaciones se basan en los resultados de las encuestas nacionales sobre fecundidad que se llevaron a cabo en 1976, 1979 y principios de 1982. Un análisis más detallado de los datos indica que aunque los amplios diferenciales de fecundidad de 1975 no habían bajado mucho en términos proporcionales, la baja de la fecundidad ya no se limitaba a la clase media. Se aprecia también un cambio importante en la fecundidad rural y en la fecundidad de mujeres en la población urbana marginada.

CUADRO 4
Estimaciones de fecundidad, 1970-1981

Año	Tasa global de fecundidad	Tasa bruta de natalidad (0/00)
1970	6.7	46
1975-1976	5.7	41
1979	4.7	36
1981	4.3	33

Fuente: Encuesta mexicana de fecundidad, 1976; Encuesta nacional de prevalencia en el uso de métodos anticonceptivos con módulo fecundidad/mortalidad, 1979; Encuesta nacional demográfica, 1982.

Las encuestas mencionadas también aportaron información valiosa sobre el rumbo seguido por las principales variables intermedias de la fecundidad. Se supo que desde 1975 la nupcialidad y la alimentación de

⁴² López Portillo (1982).

pecho habían tenido un papel relativamente insignificante en los cambios del nivel de la fecundidad, aunque actuaron en la dirección esperada y que, al parecer, la causa principal de la disminución de la fecundidad fue el uso de anticonceptivos. Desafortunadamente, las encuestas han demostrado poca utilidad para deducir el papel del aborto inducido en la determinación de los niveles o tendencias de la fecundidad.

El cuadro 5 muestra la proporción de mujeres en unión conyugal que usaban anticonceptivos en el momento de las encuestas y la distribución del uso de los diferentes métodos. Las estimaciones indican un aumento de 66% en la frecuencia del uso de anticonceptivos entre la primera y la última encuesta y un cambio notable en la composición de los métodos utilizados: rápido incremento de la esterilización de la mujer y marcado descenso de "otros" métodos tradicionales o menos eficaces. El último renglón muestra que el efecto de estos cambios en la fecundidad produjo una disminución de 27% según el índice de Bongaarts correspondiente; un cambio proporcional virtualmente idéntico al de la tasa global de fecundidad.

CUADRO 5

Proporción de mujeres en unión conyugal que usan anticonceptivos y distribución de uso por método

	1976	1979	1982
Porcentaje de usuarias	29	38	48
Distribución porcentual por método:			
1. Píldora	37	33	30
2. DIU o inyectable	25	22	24
3. Esterilización	7	24	29
4. Otros	31	21	17
Cc (Índice Bongaarts)	0.73	0.63	0.53

Fuente: *Idem* cuadro 4.

La rapidez con que la fecundidad mexicana ha bajado desde mediados de los años setenta ha sorprendido a muchos. En los debates sobre las propuestas legislativas iniciales, había quienes pensaban que la difusión de la planificación familiar se lograría rápidamente, pero la opinión de la mayoría era que si no mejoraban notablemente las condiciones económicas y culturales del grueso de la población era poco probable que la alta fecundidad en México, aparentemente inmutable, cediera por la fuerza de iniciativas que, en el mejor de los casos, sólo lograrían una demanda marginal de métodos de control de la fecundidad.

Los simpatizantes de la planificación familiar habían actuado oportunamente. Pero ¿se trataba realmente sólo de un asunto de logística, de la

satisfacción de una gran demanda reprimida durante décadas? ¿O la influencia de la política era mayor de lo que los opositores hubieran esperado o deseado? El debate de temas como éste está encuadrado en México por la posición, derivada de la legislación inicial, de que la política debe ser multisectorial, de varias facetas. Aun así, hubo ocasiones en que los voceros de la comunidad del sector salud y la planificación familiar se atribuyeron el mérito de haber iniciado la "revolución demográfica" nacional.⁴³

Cuando los mecanismos de absorción, propios del modelo de desarrollo implantado después de 1940 se hicieron problemáticos, hacia finales de la década de los sesenta, también se hicieron difíciles muchos apoyos, económicos y de diversa índole, favorables a una alta fecundidad y engendrados por el mismo modelo. En la agricultura por ejemplo, la base económica de las familias numerosas estaba siendo deteriorada por los cambios que buscaban mayor diferenciación y modernización de las técnicas agrícolas, y por una creciente proletarización. En el sector urbano informal, las pequeñas empresas familiares perdían terreno frente a la expansión de las grandes empresas modernas dedicadas a los servicios y el comercio. La educación escolar y los cuartos extras se habían vuelto más caros, aun para las clases media y alta, aunque el rendimiento económico de la educación había aumentado considerablemente desde que los títulos profesionales habían adquirido importancia en un mercado de trabajo que carecía de mano de obra calificada.

Sin embargo, aun a principios de los años setenta, parecían seguir vigentes varios factores que impedían una transición general en la conducta de la reproducción. Los métodos anticonceptivos no estaban al alcance de la mayoría de la población y las mujeres apenas sabían cómo controlar la fecundidad. Además, aunque la rápida expansión de la educación primaria hubiera elevado indudablemente las aspiraciones de los padres para sus hijos, otros aspectos de la vida familiar habían sufrido poco cambio.

En esta situación, la participación directa del gobierno en las actividades de planificación familiar ayudó a eliminar el bloqueo y logró: 1) desarrollar un eficaz sistema de distribución de anticonceptivos; 2) montar una amplia red de información, de educación y de actividades que publicitaron los beneficios del control natal y promovieron la imagen de la familia pequeña, y 3) movilizar a los trabajadores de primero y segundo niveles en las instituciones públicas de salud para aconsejar y persuadir a sus clientes en favor de la aceptación y la práctica del control natal.

El rápido e importante aumento de la disponibilidad de anticonceptivos logrado por el programa de gobierno fue resultado no sólo de haber

⁴³ Ver Martínez Manatou (comp.) (1982).

CUADRO 6
Distribución porcentual de mujeres que usan un método anticonceptivo de acuerdo con la fuente, 1982

Método	Clinicas sector público	Clinicas IMSS/Coplamar	Practicantes de la comunidad en salud	Farmacias	Clinicas u hospitales privados o doctor
Esterilización de la mujer	70.5	1.7	0	0	25.6
Píldoras	27.2	3.1	5.0	59.2	4.6
Inyecciones	16.9	2.1	8.1	61.2	9.6
DIU	76.8	1.6	1.3	0	16.7
Total	47.9	2.1	3.0	31.0	14.1

Fuente: Encuesta nacional demográfica, 1982.

instituido y ampliado las actividades de planificación familiar en las diferentes instituciones del sector público que proporcionan servicios de salud, sino también de haber ampliado la cobertura y el alcance de esas instituciones. Tanto el gobierno de Echeverría como el de López Portillo hicieron grandes inversiones en el sector salud y aumentaron el número de instalaciones y del personal que éstas empleaban. La inversión más notable fue el establecimiento de más de 3 000 centros de salud rurales y 41 hospitales rurales por el programa IMSS/Coplamar, entre 1979 y 1981.⁴⁴

Este esfuerzo se sumó a los intentos de llegar a las comunidades que no tenían acceso al sistema institucional de salud. La SSA reclutó y entrenó practicantes en salud entre los miembros de las propias comunidades. El IMSS realizó un esfuerzo similar entrenando para trabajar en planificación familiar, durante el periodo comprendido entre 1974 y 1980, a más de 12 000 parteras tradicionales. Por último, a finales de 1980, los servicios de planificación familiar ofrecidos en las clínicas urbanas del IMSS dejaron de estar restringidos tan sólo a los derechohabientes oficialmente inscritos en el sistema de seguridad social.

Aunque los resultados de la encuesta de 1982 no dan una medida exacta del rendimiento de la inversión del gobierno en el aumento de la disponibilidad y la reducción del costo de los anticonceptivos, ilustran sobre el uso de los distintos métodos para tal fin. En el cuadro 6, se ve que las instituciones públicas sólo son responsables de aproximadamente

⁴⁴ La Coplamar era un organismo descentralizado para promover el desarrollo de las zonas marginadas. En mayo de 1979 se llegó a un convenio mediante el cual el IMSS proporcionaría, en nombre de la Coplamar, los primeros servicios de salud a gran parte de las comunidades rurales.

la mitad de la práctica anticonceptiva. Se advierte también que éstas proveen los métodos que cuestan más caros en el comercio. Por eso el 70% de las esterilizaciones se realizan en las clínicas u hospitales del gobierno, que colocan también un porcentaje mayor de dispositivos intrauterinos (DIU). El sector privado es la fuente de más del 60% de los anticonceptivos hormonales.

Durante el pasado sexenio (1977-1982) era difícil no advertir el interés del gobierno en promover un cambio de la conducta reproductiva. Anuncios de radio y televisión proclamaban que "la familia pequeña vive mejor", y ofrecían orientación y servicios gratuitos en la clínica más cercana del IMSS o de la SSA. Se transmitían telecomedias especialmente escritas para hacer llegar el mensaje, y las clínicas y hospitales de ambas instituciones repartían además una gran variedad de materiales impresos sobre los conceptos y las prácticas de la planificación familiar.

Quizá tan importante como las campañas publicitarias fue la revisión del material sobre la vida familiar que se incorporó a los libros de texto oficiales usados en el sistema educativo, especialmente en los programas de educación de adultos.⁴⁵ Estos libros no solamente subrayaban los beneficios de la planificación familiar y las familias pequeñas; también hablaban de la necesidad de la educación sexual y de procurar la superación de la mujer en la familia y en el mercado de trabajo.

Aunque no podemos medir exactamente los efectos de la información y las campañas educacionales del gobierno en la conciencia de los mexicanos y en el cambio de las normas de la vida familiar y la conducta de reproducción, es evidente que la ignorancia acerca de los métodos anticonceptivos modernos había disminuido a fines de los setenta. Mientras que en una encuesta sobre fecundidad de 1970 realizada en lugares con menos de 20 000 habitantes sólo 27% de las personas entrevistadas habían mencionado la píldora como respuesta a la pregunta sobre los métodos de planificación familiar, en 1979 la mencionaron cerca de 80% en las zonas rurales y semiurbanas. Sin embargo, todavía a comienzos de los ochenta, una buena parte de las mujeres del México rural y de la población urbana marginada ignoraban la fisiología básica de la reproducción humana.⁴⁶

Otro logro digno de mención entre los esfuerzos del gobierno para promover la planificación familiar fue la movilización de trabajadores del campo de la salud de primero y segundo niveles de las instituciones públicas, para persuadir a sus clientes de que aceptaran y practicaran el control natal. La influencia ideológica que el personal médico pudo ejercer en sus respectivas comunidades tuvo, al parecer, una influencia decisiva

⁴⁵ Estos cursos populares permitieron a la gente terminar su educación primaria y secundaria estudiando en su casa.

⁴⁶ Covarrubias y González de Rivero (1982).

para ayudar a salvar la barrera impuesta por la ignorancia de la fisiología reproductiva. Con el acceso progresivo de la sociedad mexicana a los servicios médicos, el consejo o la recomendación del doctor adquirió cada vez mayor peso. Además de asegurar a las mujeres que los anticonceptivos no les harían ningún daño, los médicos les advertían que los partos continuos podían ser nocivos para la salud.⁴⁷

Es indudable que aunque Echeverría y López Portillo no se hubieran comprometido, como lo hicieron, con la planificación familiar, se hubieran producido ciertos cambios por el solo paso del tiempo. Eso no invalida el hecho de que las acciones del gobierno tuvieran un efecto muy significativo en el uso de anticonceptivos. Es más, si hay alguna discusión, es sobre el carácter y no sobre la importancia del papel desempeñado por las dependencias que ejecutaron esos programas.

A diferencia de algunos programas realizados en Asia, la política mexicana no se valió de incentivos económicos ni de la presión de las autoridades políticas o administrativas de las comunidades. Su fuerza derivó del esclarecimiento de los objetivos y de las recompensas establecidas dentro del sector salud. Aunque todavía no hay suficientes elementos para juzgar el grado de presión que se ejerció sobre las parejas,⁴⁸ parece ser que el descenso de la natalidad nacional se debió tanto a los intentos de influir la conducta reproductiva cuanto a las penalidades y frustraciones derivadas de la imposibilidad de alcanzar las promesas del estilo de desarrollo expansivo.

Perspectivas e implicaciones

La paradoja esencial de la situación actual es que, aunque parecen haberse encontrado los medios de controlar el crecimiento de la población, todavía no se sabe cómo acomodar la creciente fuerza de trabajo producida por el anterior patrón de crecimiento demográfico. Esto es importante porque la tarea de acomodar a la población mexicana está lejos de haber terminado. Aun cuando el notable cambio del patrón demográfico de la década pasada continuara, las proyecciones recientes del Conapo⁴⁹ (ver cuadros 7 y 8) muestran que si se alcanza la proyección esperada habrá un incremento

⁴⁷ En trabajos de campo llevados a cabo en comunidades rurales durante julio y agosto de 1984, los médicos proporcionaron gustosamente información sobre los argumentos empleados para convencer a las mujeres de que aceptaran un método anticonceptivo que ellos consideraban como un beneficio para la mujer y el programa. Para un informe preliminar sobre el contenido y los resultados de esta investigación, consúltese a Potter, Mojarro y Núñez (1985).

⁴⁸ Ver Bronfman, López y Tuirán (1984) donde se sugiere que el aumento en la frecuencia de la esterilización femenina en el proletariado es el resultado de prácticas coercitivas.

⁴⁹ Secretaría de Programación y Presupuesto, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1983).

CUADRO 7
Fecundidad y nacimientos estimados, 1980-2000

Periodo	Tasa bruta de natalidad (0/00)	Nacimientos anuales pro- medio (millones)
1980-1985	33	2.4
1985-1990	26	2.1
1990-1995	22	2.0
1995-2000	20	1.9

Fuente: Secretaría de Programación y Presupuesto, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1983).

CUADRO 8
**Estimaciones de la fuerza de trabajo potencial
(millones)**

Grupos de edad	1985	1990	1995	2 000
15-19 años	9.0	10.4	10.9	10.9
20-64 años	42.6	50.7	58.9	66.8
Total	78.5	86.2	93.0	99.6

Fuente: SPP, INEGI (1983).

de 33% de la población en los próximos 15 años. Puesto que los descensos recientes y proyectados de la fecundidad sólo tendrán efecto en la población en edad para trabajar dentro de 15 o 20 años, el crecimiento de la fuerza de trabajo será más rápido que el de la población en general. El grupo de edad entre 15 y 19 años se estabilizará alrededor de 1990, al mantenerse más o menos constante a partir de ese momento, el número de entrantes a la fuerza de trabajo. Pero el tamaño de la población entre 15 y 64 años todavía seguirá creciendo a la tasa de 2.5% anual entre 1995 y el año 2000. El alcance de la necesidad de generar empleo dependerá, además, de la capacidad de extender la educación secundaria y del grado en que las mujeres busquen aumentar su hasta ahora limitada participación en el mercado formal de trabajo.⁵⁰

⁵⁰ La rápida expansión de la educación secundaria se facilitaría, por supuesto, por la constante disminución de inscripciones en la primaria, provocada por el descenso de los grupos de nacimientos. Todavía no está claro si la baja en la natalidad provocó o no el aumento en la tasa de participación de mano de obra femenina. En comparación con las cifras correspondientes a 1970, el censo de 1980 mostró un aumento considerable en el número de mujeres económicamente activas —prácticamente se duplicó en los dos periodos—. Pero las preguntas que se formularon y la cobertura de los dos censos no son estrictamente comparables.

Puesto que los medios por los cuales se logró el acomodo de la población durante el periodo de 30 años de desarrollo sostenido se habían agotado hacia fines de los años sesenta, los intentos de los dos últimos sexenios para renovar o remplazar esos mecanismos dan pocas indicaciones definitivas de lo que acontecerá en el futuro. Los gobiernos de Echeverría y de López Portillo pudieron dar empleo apoyándose en un rápido crecimiento económico, estimulado por un gasto gubernamental sin precedentes, sin cambiar la estructura de los precios, sin ofrecer nuevos incentivos ni crear nuevas instituciones. Las políticas de desarrollo expansivo de los dos últimos sexenios se pudieron implantar gracias a un crédito exterior que estaba disponible para México por sus antecedentes, en primer lugar, y, en segundo, porque se descubrieron enormes yacimientos petrolíferos.⁵¹

Con la dificultad de estimular fuertemente el crecimiento, recurriendo a los créditos exterior y fiscal, se cierra también la posibilidad de encontrar una solución *indirecta* al problema del empleo. Lo que debería ser un planteamiento *directo* de los problemas de acomodo de la población y la generación de empleos no es independiente de las restricciones económicas y las posibilidades políticas, tema que está fuera del alcance de este trabajo. Sin embargo, ese planteamiento debería proponer iniciativas importantes relacionadas con el sistema de administración pública y el apoyo institucional a las actividades económicas con intensa mano de obra, además de cambios en los precios relativos, reajustes en la estructura de protección y una revisión general del sistema fiscal y de los subsidios en los servicios públicos y bienes de consumo. Parece que existen pocas opciones para los intentos de reforzar y mejorar la posición de un gran número de personas, actualmente clasificadas entre las de bajos ingresos, a menudo en ocupaciones de baja productividad, tanto en áreas rurales como urbanas. Sin embargo, si se destinara por lo menos algún esfuerzo de desarrollo y de inversión a las actividades productivas de estos grupos, en vez de tratar solamente de preservar su nivel de vida por medio de subsidios, se podría esperar algún progreso en la reducción de las desigualdades heredadas y renovar la capacidad de la economía mexicana para acomodar a su creciente población. Pero las posibilidades no deben sobrestimarse. No se escapa fácilmente de la carga que el ímpetu demográfico, intensificado durante el periodo de desarrollo sostenido, impondrá en los presuntos esfuerzos por elevar el nivel de vida del grueso de la población.

En medio de la austeridad y la atonía propias del actual esfuerzo por estabilizar y reordenar la economía mexicana, no se puede pretender encontrar una estrategia a largo plazo totalmente diseñada y afinada. Como una solución temporal para preservar el empleo en los sectores formales o incorporados, el gobierno de De la Madrid (1982-1988) ha insistido en

⁵¹ Metz (1978).

limitar los aumentos salariales a porcentajes menores que la tasa de inflación. La preocupación por el empleo se nota en varios programas de obras públicas que prevén el uso de mano de obra intensiva, puestos en marcha en algunas de las regiones más afectadas del país. Más significativas a largo plazo son las políticas que están surgiendo actualmente para aumentar la competitividad de los productos y servicios mexicanos, tanto en los mercados nacionales como en los extranjeros, y para reubicar las inversiones lejos de las grandes ciudades anteriormente favorecidas. En la medida en que nuevas tendencias económicas y sociales suplanten a las anteriores, se abrirán nuevos espacios y nuevas posibilidades para un diferente acomodo de la población del país.

Bibliografía

- Alba, Francisco (1984), *La población de México: evolución y dilemas*, El Colegio de México, México.
- Austin, James y Gustavo Esteve (en prensa), "Sam is Dead-Long Live Sam", *Food Policy*.
- Barbieri, Teresita de (en prensa), *Mujeres y vida cotidiana. Estudio exploratorio en sectores medios y obreros de la ciudad de México*.
- Benitez Z., Raúl y Gustavo Cabrera A. (1966), *Proyecciones de la población de México, 1960-1980*, Banco de México, México.
- Bronfman, Mario, Elsa López y Rodolfo Tuirán (1984), "Práctica anticonceptiva y clases sociales en México: la experiencia reciente", trabajo presentado en el Seminario "La fecundidad en México: cambios y perspectivas", Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano, El Colegio de México, 7-9 de marzo.
- Brown, Jane C. (1972), "Patterns of Intra-Urban Settlement in Mexico City: An Examination of the Turner Theory", Ithaca: Cornell University, Latin American Studies Dissertation Series 40.
- Caldwell, John (1982.), *Theory of Fertility Decline*, Nueva York: Academic Press.
- Centro de Estudios Económicos y Demográficos (1970), *Dinámica de la población de México*, El Colegio de México, México.
- Coale, Ansley J. (1979), "Crecimiento de la población y desarrollo económico: el caso de México", *Demografía y Economía* 13, núm. 2, pp. 208-223.
- Comisión Económica para América Latina (1982), *Economía campesina y agricultura empresarial*, Siglo XXI, México.
- Cornelius, Wayne A. (1975), *Politics and the Migrant Poor in Mexico City*, Stanford University Press, Stanford, California.
- Covarrubias, Ana Cristina, y Olivia González de Rivero (1982), "La comunicación y el cambio cognoscitivo, actitudinal y conducta en la planificación familiar", en *La revolución demográfica en México, 1970-1980*, Jorge Martínez Manatou (comp.), Instituto Mexicano del Seguro Social, México, pp. 151-201.
- Eckstein, Susan (1982), *El Estado y la pobreza urbana en México, Siglo XXI*, México.
- Fitzgerald, E.V.K. (1978), "The State and Capital Accumulation in Mexico", *Journal of Latin America Studies* 10, núm. 2.
- Folch-Lyon, Evelyn, Luis de la Macorra y S. Bruce Schearer (1981), "Focus Group and Survey Research of Family Planning in Mexico", *Studies in Family Planning* 12, junio-julio, pp. 409-432.

- Freedman, Ronald (1979), "Theories of Fertility Decline: a Reappraisal", *World Population and Development*, M. Hauser (comp.), Syracuse: Syracuse University Press.
- Gómez Oliver, Luis (1978), "Crisis agrícola, crisis de los campesinos", *Comercio Exterior* 28, núm. 6, junio, pp. 714-727.
- Grindle, Marilee (1977), *Bureaucrats, Politicians, and Peasants in Mexico*, University of California Press, Berkeley.
- Hansen, Roger D. (1971), *La política del desarrollo mexicano, Siglo XXI*, México.
- Hewitt de Alcántara, Cynthia (1978), *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970, Siglo XXI*, México.
- Hunt, Robert C. (1971), "Components of Relationships in the Family: A Mexican Village", *Kinship and Culture*, Francis L.K. Hsu (comp.) Chicago: Aldine, pp. 106-143.
- Levy, Daniel, y Gabriel Székely (1985), *Estabilidad y cambio: paradojas del sistema político mexicano*, El Colegio de México, México.
- Lomnitz, Larissa A. (1975), *Cómo sobreviven los marginados, Siglo XXI*, México.
- López Portillo, José (1982), *Sexto informe de gobierno, 1 de septiembre*, México.
- Márquez, Vivianne B. de (1984), "El proceso social en la formación de políticas: el caso de la planificación familiar en México", *Estudios Sociológicos* 2, mayo-diciembre, pp. 309-333.
- Martínez Manatou, Jorge (comp.) (1982), *La revolución demográfica en México, 1970-1980*, Instituto Mexicano del Seguro Social, México.
- Metz, William D. (1978), "Mexico: The Premier Oil Discovery in the Western Hemisphere", *Science* 202, diciembre, pp. 1261-1265.
- Nacional Financiera (1978), *La economía mexicana en cifras*, Mexico.
- Paz, Octavio (1970), *Posdata*, 4a. edición, Siglo XXI, México.
- Portes, Alejandro, y Lauren Benton (1984), "Industrial Development and Labor Absortion: A Reinterpretation" *Population and Development Review* 10, diciembre, pp. 589-611.
- Potter, Joseph E., Octavio Mojarro y L. Núñez, (1985), "Collecting Data on the Influence of Health Service Institutions and Personnel on Birthspacing in Rural Communities in Mexico", Reunión Anual de la Asociación de Población de Estados Unidos, Boston, Mass, 28-30 de marzo.
- Reyna, José Luis, y Richard Weinert (comps.) (1977), *Authoritarianism in Mexico*, Institute for Study of Human Issues, Filadelfia.
- Reynolds, Clark W. (1973), *La economía mexicana: su estructura y crecimiento en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Riding, Alan (1985), *Vecinos distantes: un relato de los mexicanos*, Joaquín Mortiz-Planeta, México.
- Roberts, Kenneth D. (1982), "Agrarian Structure and Labor Mobility in Rural Mexico", *Population and Development Review* 8, núm. 2, junio, pp. 299-322.
- Ryder, Norman (1984), "Fertility and Family Structure", *Fertility and Family: Proceedings of the Expert Group on Fertility and Family*, Nueva Delhi, 5-11 de enero de 1983, Nueva York: Naciones Unidas (ST/ESA/SER.A/88).
- Sanderson, Susan R. Walsh (1984), *Land Reform in Mexico: 1910-1980*, Academic Press, Orlando, Florida.
- Secretaría de Programación y Presupuesto (1979), *Las relaciones económicas de México con el exterior*, México.
- Secretaría de Programación y Presupuesto, Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (1983), *México: estimaciones y proyecciones de población, 1950-2000*, México.
- Solís, Leopoldo (1970), *La realidad económica mexicana: retrovisión y perspectivas*, Siglo XXI, México.

- Unikel, Luis, Crescencio Ruiz Chiapetto, y Gustavo Garza Villarreal (1976), *El desarrollo urbano en México: diagnóstico e implicaciones futuras*, El Colegio de México, México.
- Urquidi, Víctor L.: (1970), "Perfil general: economía y población", *El perfil de México en 1980*, vol. 1, Siglo XXI, México, pp. 1-13.
- _____ (1967), "El crecimiento demográfico y el desarrollo económico latinoamericano", *Demografía y Economía* 1, núm. 1, México, pp. 1-8.
- Warman, Arturo (1978), "Frente a la crisis: ¿política agrícola o política agraria?", *Comercio Exterior* 28, núm. 6, junio, pp. 681-687.
- Wellhausen, Edwin J. (1973), "The Agriculture of Mexico", *Scientific American* 235, septiembre.
- Wionczek, Miguel y Jorge E. Navarrete, "El pensamiento mexicano sobre el crecimiento demográfico y desarrollo", *Comercio Exterior* 15, junio (suplemento), pp. 23-28.